Arturo Uslar Pietri

FACHAS, FECHAS
Y
FICHAS

Colección LITERATURA



Caracas, 1982

El lenguaje de este extraordinario malabarista que no ha cesado de jugar con el equilibrio del mundo y que ahora lo mismo que antes sabe devolvernos una pureza de mirada que no habíamos conocido desde niños.

No es poca la deuda que todos tenemos con Joan Miró.

LO ESPECIFICO DEL HOMBRE LATINOAMERICANO*

Se me ha encomendado dirigirnos a ustedes hoy para plantear, tan sólo para plantearlo, el problema que pudiéramos llamar central de todo este conjunto de preocupaciones. ¿Existe la América Latina, existe un hombre latinoamericano, existe una condición latinoamericana, existe una situación, a partir de la cual podamos presentarnos ante el mundo y dialogar con el mundo? Esta preocupación es vieja, es ardua y ha atormentado el alma de los hispanoamericanos por tres o cuatro siglos, desde toda la historia, desde el primer momento de la conquista.

Toda la historia de América Latina ha sido una historia de toma de conciencia, de definición de posiciones, una búsqueda hacia afuera y hacia adentro, y esa búsqueda ha sido muchas veces frustrante y ha sido difícil y los resultados no han dejado de ser a veces contradictorios. De modo que si algo podría caracterizar al latinoamericano en el escenario del mundo es esa situación un poco hamletiana de es-

(*) Transcripción taquigráfica de una exposición en un Simposio sobre la América Latina convocada por la Universidad Simón Bolívar, de Caracas.

tarse preguntando todo el tiempo ¿quién soy? ¿qué soy? ¿qué puedo hacer? ¿cuál es mi situación frente a toda esta gente que me rodea?.

Esa interrogante, esa especie de angustia ontológica, ha condicionado la situación hispanoamericana y es precisamente una de sus raíces. ¿Por qué preguntarnos tanto qué somos? Esa pregunta no se la hacen los africanos, no se la hacen los asiáticos —por lo menos en el grado angustioso en que nos la hacemos nosotros— no se la hacen los americanos del norte. Todos ellos parecen seguros de lo que son. Tener un adquirido básico desde el cual contemplan el mundo y comercian con él. Nosotros estamos constantemente revisando ese piso sobre el que estamos y poniéndolo en duda y descubriéndolo.

De modo que esa misma angustia, podría yo decir, es la primera prueba de la originalidad. Esa noción se tuvo desde el comienzo con una palabra que el doctor Mayz enfocó varias veces, muy atinadamente, la noción del Nuevo Mundo. Yo creo que esta es una noción ambivalente y que tiene dos vertientes que valdría la pena ver. Desde luego, hay la noción del Nuevo Mundo, para decirlo en el castellano de los conquistadores, en el sentido de tierra nuevamente descubierta, o nuevamente conocida. Fue una novedad el encuentro de América, una novedad casual, fue sorprendente en mil sentidos, y por lo tanto, fue una impresión de novedad. El primero que le dio el nombre de Nuevo Mundo fue un italiano, Américo Vespuccio, que fue el primero que usó la palabra **Mundus Novus** de la cual vinieron todos estos derivados.

Pero es que si nosotros vemos la Historia Universal, como la debemos ver, sobre todo la Historia de Occidente en su complejidad, en 1492, o si ustedes quieren, para no encerrarnos tanto en una fecha, en todo el siglo XVI, nace un Nuevo Mundo; pero nace en escala universal. Porque no es que solamente se encontró América, sino que el encuentro

con América determinó un viraje y un cambio del Mundo. No es un mero azar que eso que llamamos la Edad Moderna arranque precisamente de esa fecha. Es una época de profunda transformación de la civilización occidental, de cambio a fondo de la situación del hombre y de su concepto sobre sí mismo, de los valores con los que había vivido en toda la Edad Media y en la Antigüedad; y en ese cambio y en ese reajuste, que es el comienzo de un nuevo mundo, de un nuevo mundo en escala mundial, está el ingrediente americano de un modo muy preciso y poderoso.

De modo que nosotros, no solamente fuimos nueva tierra, tierra nuevamente hallada, como decían los viejos cronistas, sino que fuimos el punto de partida de una nueva época del mundo. Nueva época en la que estamos viviendo y que no ha terminado su parábola y está lejos de terminarla y en la cual hemos intervenido por acción o por omisión, voluntaria o involuntariamente, y en la cual ahora tenemos que intervenir más voluntariamente y más conscientemente que nunca. De modo que esa noción del Nuevo Mundo está doblemente vinculada al hecho americano.

El primer aspecto que habría que ver de esa originalidad es la dificultad que tenemos de incorporarnos a ningunas de las familias a las que pretendemos pertenecer y a las que pertenecemos en parte. Uno de los hombres que primero vio esto fue el propio Bolívar. Recuerden ustedes que en el discurso de Angostura, y quien antes, lo había dicho en la Carta de Jamaica, afirma de un modo muy claro "no somos europeos, no somos indios" y añade una frase muy hermosa y muy significativa, dice: "constituimos una especie de pequeño género humano". El se daba cuenta de la originalidad de nuestra situación, de que no éramos unos europeos como los europeos y que tampoco éramos unos indígenas americanos como los indígenas americanos verdaderos. De modo que ya desde el comienzo había ese hecho nuevo que no sabíamos muy claramente en qué consistía.

La primera cosa que habría que ver en esta revista de hechos obvios y les pido a ustedes perdón porque voy a insistir en hechos obvios, porque creo que son los importantes, es que el mundo americano, particularmente lo que llamamos la América Latina, fue el escenario de un inmenso encuentro de culturas como no se ha dado en la Historia Universal desde la creación de Occidente. Ese es un punto que no hay que olvidar. Semejante proceso de encuentro, de acomodamiento, de pugna, de desnaturalización, de recreación de corriente culturales, no se dio en la escala en que se dio en América Latina, sino en la formación de Occidente, es decir, en la Alta Edad Media, a raíz de la disolución del imperio romano. En esa dimensión no se ha dado en ninguna otra parte.

Ese encuentro consiste primordialmente, en la confluencia en América, de un modo accidental, de tres culturas. La primera es la que representaba el español del siglo XVI, el castellano que vino a América. Un hombre muy tipificado, que representaba un matiz muy definido de la cultura occidental y ese matiz se reflejaba y se traducía en una actitud ante la vida, en una concepción del mundo, en una actitud para entender su misión, en una concepción social, guerrera, militante, señorial, en una creencia religiosa y en una visión de una estructura, de un porvenir y una situación del hombre muy tipificada. Pertenecían a la cultura occidental, pero tenían un matiz muy peculiar dentro de ella.

Y ese hombre que llega a América, se va a encontrar allí con unas razas y con unas culturas con las cuales no había tenido ningún contacto. El español que llega a América viene con la visión de que simplemente ha encontrado un espacio que llenar y que va a reproducir lo que dejó. Va a crear una nueva España. Va a crear una nueva Castilla, una nueva Andalucía. Ahí están los nombres, las toponimias que nos lo revelan y, sin embargo, lo que les salió fue otra cosa. No podía salir una nueva España, ni una nueva Andalucía,

ni una Nueva Toledo, ni una nueva Castilla. Lo que salió fue el hecho americano, que era un hecho profundamente distinto.

Ahora este mismo hombre, ese español que salió de España y vino a América, no vino de una manera similar a como fue el hombre a la luna, metido en una cápsula preservativa de contaminación que le conservaba una atmósfera propia. Ese hombre vino a sumergirse en un caldo de encuentros, de influencias y de comercio, en el sentido latino de la palabra, que tuvo que afectarlo profundamente. Ese hombre sufrió, en primer término un extrañamiento, que no ha sido bien estudiado.

Cuando uno lee el testimonio de los viejos cronistas, las Cartas de Relación de Cortés, cuando uno lee a Bernal Díaz o Sahagún, lo que encuentra allí es la sensación de extrañamiento de la gente que ha sido sacada de su medio tradicional y proyectada dramáticamente en un medio para el cual no estaba preparado y que no podía entender. Eso trajo desajustes y ya hablaremos de eso. Trajo consecuencias y trajo una sensación muy peculiar de la condición de ese hombre que había llegado.

Ese hombre cambió de inmediato y tanto cambió que comenzó por no ser semejante a los españoles que habían quedado en España. Allí mismo surgió el nombre de Indiano, de Perulero, todos los nombres que se le dieron al español que había venido a América y que regresaba a España, porque ya no era el mismo español como tampoco era igual el español recién llegado, al que ya tenía tiempo en América o al que ya había nacido en América y por eso los nombres de chapetón, de gachupín, los nombres que se le dieron a los españoles recién llegados en toda América para señalar esa diferencia y esa distinción.

Ese español que llega, no cae en un vacío. Se encuentra con los indígenas, con toda una escala de civilizaciones indígenas. No había lengua en la cual entenderse. No lo

digo yo en el sentido material de la palabra de entender un idioma, digo que lo que significaban las palabras indígenas no era lo que significaban las palabras españolas. No había traducción posible. Eran representantes de dos mundos totalmente diferentes. De dos mundos que muy superficialmente podrían acercarse. Así como el español llegó y tuvo que cambiar en todo, desde la vivienda hasta el traje, desde la alimentación hasta los usos y costumbres de la vida, desde la estructura de la casa hasta la formación de la familia, así también ocurrió en su contacto con el indígena. Tuvo que nombrar frutas que desconocía, plantas que nunca había visto, relaciones sociales que para él eran nuevas. Y el indígena, a su vez, entró de pronto a recibir el impacto de un conjunto de usos, de costumbres, de ideas, de valores, que le eran totalmente extraños y que lo afectaron profundamente.

Al día siguiente del descubrimiento de América, irremediablemente, el español ya no pudo seguir siendo el mismo que vino, pero el indio americano tampoco. No hubo regreso para ninguno de los dos. Se marcaron, se influyeron, se desnaturalizaron, se modificaron mutuamente de un modo profundo. Ese hecho, ya por sí sólo, debía introducir un elemento de novedad y de cambio con respecto a lo que era el mundo español o a lo que había sido el mundo indígena antes de la llegada del español.

Pero es que luego aparece un tercer personaje muy pronto, que es el negro. Sabemos muy poco del negro en América. Lo hemos estudiado muy superficialmente. Nosotros tenemos una idea bastante europea de lo que fue el encuentro en el territorio americano. Pensamos que llegó el europeo, que llegó el español y que se encontró con el indígena y combatió con él y lo sometió, lo esclavizó, y que luego trajo al negro africano y lo puso a trabajar como esclavo para aliviarse. Es decir, como si en la presencia y en los encuentros humanos, se tratara de una mezcla de líquidos inertes. No. No eran líquidos inertes. Eran seres que actuaban

dramáticamente los unos en los otros y se modificaban tratando. No hay modo de estar en presencia de otro ser humano sin que ese ser humano nos modifique a nosotros y nosotros lo modifiquemos a él, en alguna forma, y mucho más en una inmersión de esta magnitud.

De modo que el negro aparece, a quien siempre hemos visto muy marginalmente y de quien pensamos que no tuvo ningún papel cultural o muy remoto y pequeño, que dejó algunos bailes y algunas consejas, pero que estaba completamente segregado de la sociedad colonial, metido en la tarea rural o en la servidumbre doméstica, sin contacto con el mundo del criollo blanco ni con las castas superiores de la vida colonial. Esto es falso. Hay un elemento, por ejemplo, que deberíamos estudiar a fondo y que yo creo que merecería que le dedicaran mucho tiempo sociólogos y psicólogos y es lo que yo llamaría la pedagogía mágica que el hispanoamericano recibió durante más de tres siglos.

En toda hispanoamérica, desde el norte hasta el sur, en una edad que hoy sabemos que es la más importante del hombre, la que va de 0 a 5 años de edad, los hispanoamericanos y particularmente los de clase alta, tuvieron por ayas, esclavas negras. ¿Qué le transmitió esa esclava negra a ese niño en esos cinco años de profunda receptividad? No le transmitió solamente cantares y ritmos que ya tenían importancia y consejas africanas. Le transmitió una visión mágica del mundo, sin duda alguna. Una visión mágica que no tenía el español y no la podía tener. Una visión mágica que sí tenía el indio, pero de otra manera.

De modo que esa pedagogía mágica que estuvo en el fondo del alma americana y que está en el fondo de ella, ha tenido una raíz y una explicación y es un aporte del negro en esa función pedagógica que no le hemos reconocido, a la que no le hemos dado su importancia. Un hombre como Simón Bolívar, tuvo una pedagogía negra importantísima en su vida. La relación materna de Bolívar no fue con Doña

María Antonia, que murió cuando él era muy niño y que por lo demás tenía las escasas relaciones que una señora rica de la colonia tenía con sus hijos que estaban confiados a las esclavas. La madre de Bolívar, en el sentido del contacto, de la alimentación espiritual y de la formación, fue una esclava negra, fue la negra Hipólita. Y Bolívar lo reconocía, sentía la deuda que tenía con ella, de tal modo que cuando regresa a Caracas, en 1827, después de la Campaña del Perú y entra triunfalmente, entre la gente hacinada esperándolo, estaba la negra Hipólita. Bolívar desmontó y la fue a abrazar, porque para él era su madre. Esa influencia no ha sido estudiada y desde luego es un elmento de diferencia profundo.

Hay otro aspecto que es muy importante y es el factor espacial. Nosotros no nos damos cuenta de lo que significó para el español y aún para el negro, aunque en menor grado, el cambio de escenario geográfico. Ese cambio de escenario geográfico lo vemos y lo percibimos en los cronistas de Indias. El primer cambio desde luego fue la dimensión. Hombres que nunca habían visto un río más grande que el Guadalquivir, desembocaron en el Amazonas, en el Plata, en el Orinoco, en el Magdalena. Hombres que nunca habían visto unas montañas más altas que los Pirineos, se encontraron con el Aconcagua, con la Cordillera Blanca del Perú, con las murallas de nieve más gigantescas y más altas que el mundo conoce fuera de Asia. Las llanuras, las selvas inmensas inagotables, el espacio geográfico, en una dimensión que ellos no conocían y la presencia de una naturaleza activa y agresiva que tampoco existía para ellos.

Ya he dicho mucho, y lo han dicho los críticos literarios, que la literatura hispanoamericana se caracterizaba, y todavía se caracteriza en buena parte, por la presencia de la naturaleza. Fue en gran parte una literatura, hecha en torno a la presencia de la naturaleza, al hombre ante la naturaleza, al combate del hombre con la naturaleza y esto constituía un

elemento de originalidad desde el punto de vista español y es explicable porque en la literatura española, la naturaleza casi no se encuentra. Uno podría buscar en el Quijote las páginas de descripción de la naturaleza, y yo no me atrevo a decir una cifra, pero no deben pasar de unas 5 ó 6. ¿Por qué? Porque la naturaleza no tenía ninguna importancia para Cervantes, era un hecho obvio que estaba allí.

La naturaleza para el español no tenía relevancia dramática. Una naturaleza domesticada, reducida, de pequeña escala, con la cual mantenía una relación de dominio, pero cuando se desaloja y llega a América es la naturaleza la que domina, es él el que está a la defensiva, es él el que se encuentra frente a ríos gigantescos, a animales desconocidos, a selvas impenetrables, a montañas como no había visto jamás, a un régimen de lluvias diluviales que tampoco había conocido.

Cambia la naturaleza y cambia el espacio geográfico y aquí habría que estudiar eso que se llamaría: el efecto psicológico del extrañamiento, no solamente del extrañamiento por el medio humano nuevo, sino por el medio geográfico y el espacio nuevos.

Hoy existe toda una escuela de psicoanálisis existencial que trata de explicar que buena parte de nuestra salud mental, de eso que llamamos el ajuste del ser, está en unas ciertas relaciones estables que nosotros creamos con nuestro rededor humano y con nuestro rededor físico, es decir, las distancias que recorremos normalmente, la altura de los montes, la dimensión de las casas y de las calles, la gente que vemos diariamente. Pero que si eso se altera y cambia de un modo brusco, nos desajustamos. Se produce un desajuste psicológico.

Se ha hablado mucho de la locura de los conquistadores, de los casos de demencia criminal, en tipos como Lope de Aguirre. Es muy posible que si Lope de Aguirre se hubiera quedado en España nunca hubiera entrado en aquel dra-

ma de locura criminal deslumbrante y aterradora, el caso se repite muchas veces.

¿Por qué estos hombres de pronto se desnaturalizaban y hombres que en España habían estado dentro de unas costumbres o dentro de un ritmo de vida, de pronto se convertían en terribles personajes; cometían insensateces que nos parecen hoy día temeridades de valor y que nos parecen al mismo tiempo, excesos de crueldad o de violencia inauditos?

Posiblemente el psicoanálisis existencial nos podría revelar que estos hombres venían de sufrir uno de los más grandes procesos de extrañamiento, de enajenación que un ser humano haya experimentado nunca; que era el desplazamiento súbito, total y completo del medio humano y del medio y escenario físico en el cual se había formado. Eso tuvo que provocar reacciones profundas en su actitud ante el mundo y ante la vida. Y sobre eso sabemos muy poco y nos imaginamos que los conquistadores eran unos turistas que venían viendo cosas extrañas y que las anotaban y que no los alteraba en nada.

Hay otro aspecto, fuera del encuentro humano y del espacio físico. Y tengo que pasar muy rápido sobre estas cosas porque, desgraciadamente, no hago sino un catálogo, que es el del tiempo. Hay un tiempo americano, no podía haber ocurrido un desplazamiento geográfico, del marco geográfico y del marco humano de esa magnitud y del espacio sin que la noción del tiempo cambiara. La han observado muchas veces en la historia literaria y fuera de la historia literaria y en muchas manifestaciones en el arte. El descubrimiento de América produce en la cultura occidental transplantada, un rezago, un retraso. Yo diría más que un retraso, una vuelta al pasado, porque no es que se estanca, ni que regresa.

Hay aspectos evidentes. Cuando los españoles se establecen realmente en América y empieza la obra de la coloni-

zación hacia el Siglo XVI y XVII, es el momento en que la literatura española entra en pleno Renacimiento, es la hora en que se produce La Celestina y la novela picaresca, la comedia española.

Nada de eso llega a América. Es la hora en que se intenta la historia al estilo latino o renacentista que hace Mariana. Nada de eso viene a América. ¿Qué pasa en América? Todo lo contrario, América regresa a la crónica, en lugar de la historia a la romana, regresa al romancero y a la poesía narrativa que pertenecían a la Edad Media Española y no eran contemporáneos. América regresa al auto sacramental y la comedia, ni la novela entran en América. Entra la descripción corográfica y humana. Pero no entra la novela. Y es muy curioso porque el más grande novelista español, después de Cervantes, en el Siglo XVI, viene a América. Mateo Alemán, el autor de **Guzmán de Alfarache** vivió en México los años finales de su vida y escribió una gramática. ¿Por qué se calla Mateo Alemán, que era el más grande novelista de su tiempo? ¿Por qué no hay una novela americana hasta el Siglo XIX? Porque se regresa a formas tan olvidadas en el tiempo, tan anacrónicas, como las crónicas que estaban muertas en España desde la Edad Media; como la poesía narrativa.

Aparecen en esta noción del tiempo otros aspectos que son importantes. Yo pienso que habría que hacerle algún análisis a estas cosas. Una de ellas es, desde luego, como la América Latina, cuando queda abandonada a su suerte, por primera vez, es decir en la independencia y cuando intenta adoptar instituciones venidas de fuera, una república a la francesa o a la americana, un parlamentarismo a la inglesa, un Derecho Civil Europeo, en el momento que intenta eso y que eso fracasa, la América Latina regresa a formas políticas que no tenían que ver con la contemporaneidad europea y occidental. Produce la única creación política original que ha dado la América Latina que es el caudillismo rural. Salen

los caudillos. No estoy hablando de los dictadores, sino de los caudillos; los caudillos del tipo de Rosas, del tipo de Páez, del tipo del más reciente que hemos tenido aquí en Venezuela, Juan Vicente Gómez, que eran hombres representativos de un medio que correspondían a una noción de la autoridad, profundamente anclados en esa tradición mágica y en esa tradición histórica.

Cuando fracasa el modelo importado, el mundo americano da torpemente, pero de una manera genuina, sin duda alguna, una respuesta, y la da en el caudillo. Al caudillo hispanoamericano habría que estudiarlo como manifestación y revelación del ser hispanoamericano; cómo se manifiesta políticamente en ese fenómeno y qué significa. Porque ese fenómeno no lo encontramos en España, ni en Europa, sino en la alta Edad Media cuando empieza a formarse el feudalismo, cuando aparecen las formas de la behetría medioeval, y eso es lo que resucita en América.

Existen otros casos muy curiosos, que yo creo que vale la pena observar, de ese anacronismo o anticronismo. No sabría yo cómo llamarlo. Por ejemplo: ¿Por qué no pasa a América la segunda persona del plural? La segunda persona del plural entra al castellano, más o menos en el Siglo XVIII. Es una de las herencias borbónicas y del afrancesamiento. Pero no llega a América. En América se queda el tratamiento en la tercera persona del plural. No hay un hispanoamericano, a menos que sea un gramático trasnochado o algún purista sin sentido, que diga vosotros. Cuando lo dice, lo dice de una espantosa manera falsa. No es un mero juego el tratamiento que le damos al otro. Establece una distancia y establece un tipo de relación. No es lo mismo decirle a alguien vosotros que decirle ustedes. No es el empleo caprichoso de una palabra por otra. Es todo un juego de relaciones que está implícito en esto. El "ustedes" es más antiguo que el "vosotros", desde luego. El Vuestras Mercedes, que corrompido dio el ustedes ¿Por qué nosotros nos queda-

mos con Vuestras Mercedes y seguimos con ella y, no entramos al vosotros, en toda hispanoamérica, desde México hasta la Argentina?

Y cuando llega un gran momento histórico del mundo hispanoamericano, como fue la revolución mexicana, un momento en el cual dio la impresión que se daba un vuelco y que afloraban hechos nuevos y que se estaba buscando las raíces y que se quería hallar una indudable veta de la autenticidad hispanoamericana, cuando se trata de narrar plásticamente ese hecho, surge un pintor mexicano, que había estado en París con los cubistas, que estaba al tanto de todas las novedades pictóricas, que es Diego Rivera. ¿Y qué hace Diego Rivera? Se pone a hacer lo que habían hecho los europeos en el Siglo XIII, es decir, resucita el muralismo que era un arte muerto en Europa. Y no lo resucita por un mero capricho arqueológico, sino por que era el lenguaje que correspondía a esa situación, porque la situación de México en esa hora pertenecía mucho más al Siglo XIII que al Siglo XX Europeo.

Todo esto configura lo que yo llamaría un tiempo hispanoamericano. Hay un espacio y un tiempo y hay un escenario humano distintos. Si todo esto no significa diferencia yo no sé lo que significa. Todo esto determina lo que a mi manera de ver es el rango esencial, que yo me permito llamar con una palabra desacreditada poco grata, sobre la cual han caído prejuicios de toda índole que es la palabra mestizaje.

No me refiero al mestizaje sanguíneo o biológico. Desde luego lo hubo y lo hubo en gran escala y creo que tuvo resultados muy dignos de tomar en consideración y que han tenido una gran influencia en el mundo hispanoamericano. Pero el mestizaje más poderoso no es el de la sangre. El principal mestizaje es el cultural, el que determinó todo este extrañamiento del europeo en América, el que determinó el diálogo entre las tres razas y el que determinó esa

situación peculiar en la que se mezclaron cosas de unos y otros. Ese mestizaje dio resultados inmediatos increíbles. En los casos en que había mezcla sanguínea, y en los casos en que no la había. Porque es bueno pensar que aún los que tengan la piel más blanca, si son hispanoamericanos, son culturalmente tan mestizos como el Inca Garcilaso.

El problema es este. Acabo de nombrar al Inca Garcilaso de La Vega. No les voy a repetir a ustedes quién es. Lo saben mejor que yo. Fue uno de los más grandes escritores de la lengua castellana en la época de Cervantes, que no era una época fácil. Escribió libros monumentales como **Los Comentarios Reales** ¿Quién era este hombre? Era el hijo de un capitán español y de una ñusta indígena. Y recibió en su educación de una manera ejemplar, las dos vertientes, en la gran casa del Cuzco en que vivía. En un ala estaba su madre con los parientes que habían pertenecido a la corte del último emperador Inca, Atahualpa; y en la otra estaba el Capitán Garcilaso, con sus Frailes y sus soldados, hablando español. De modo que en un lado estaba el mundo incaico, el Quechua, con sus tradiciones vivas, y en el otro estaba el mundo castellano. Y el niño atravesaba el patio y pasaba de un mundo al otro. Pero los dos mundos estaban en él. Y cuando Garcilaso, luego, empieza a escribir, hace ese libro monumental que son los Comentarios Reales. Que en este sentido es una obra de creación literaria de primer orden, única. Ese libro no lo podía escribir un indio, ni lo podía escribir un español. No lo podía escribir sino un mestizo americano.

Ahora, piensen ustedes en la originalidad hispanoamericana y contesten esta pregunta: ¿Dónde está el Inca Garcilaso de la América del Norte? ¿Dónde está el Inca Garcilaso de Africa y dónde está el Inca Garcilaso de la colonización asiática? No existen, porque no hubo ese encuentro profundo, porque no hubo esa nueva creación de una situación cultural que hubo en el territorio de la América Latina.

En los otros continentes, como Africa, el colonizador se superpuso y no penetró. En Asia fue peor aún, porque la resistencia de las viejas culturas fue mucho mayor, de modo que lo occidental fue superficial, fue en cierto modo episódico. Pero no fue la creación de un hecho nuevo cultural en su totalidad como lo fue en el mundo latinoamericano.

Eso se manifiesta en mil aspectos: en la creación del barroco de indias, que él sólo merecería un estudio muy a fondo, en el cual se combinan los elementos indígenas y los elementos españoles. Esos grandes monumentos barrocos que llenan los Andes y las Mesetas Mexicanas, donde hay algunas de las obras arquitectónicas más extraordinarias del mundo, no hubieran podido darse en Europa, ni tienen nada que ver directamente como consecuencia de la arquitectura indígena. Es la creación de un mestizaje que se da igualmente en la literatura, que se da en la plástica y que es la revelación de la presencia de esos actores que entran en contacto y en conjunción.

Cuando la literatura hispanoamericana ofrece una nota original en escala mundial, la da sobre la cuerda del mestizaje. ¿Qué es el modernismo? ¿Qué es Rubén Darío? Rubén Darío es uno de los más extraordinarios casos de mestizaje cultural que el mundo haya conocido. En él se mezcla todo lo más viejo de España, la tradición indígena, los ecos del negro, la situación del hombre de la América Central, las influencias que él creía tener de Europa. El podía creer buenamente que era un poeta simbolista francés. No era verdad. Y eso da la nota original del modernismo, que no se parece a lo que se hacía en España, ni es simbolismo francés, ni es por lo tanto indígena, ni mucho menos negro, pero que es la expresión genial de un hombre que estaba en una situación latinoamericana profunda.

Cuando las letras hispanoamericanas dan una primera nota de valor universal, lo dan sobre esa nota y si nosotros fuéramos, a analizar esto que llaman el "boom" literario,

¿Qué son estas novelas que han tenido tanto éxito en el mundo? ¿Qué es Asturias? ¿Qué es Carpentier? ¿Qué es el mismo Borges? ¿Qué es García Márquez? Son los productos de un delirante mestizaje cultural, que no se podía dar sino en un hispanoamericano. Y por eso son grandes escritores, y por eso el mundo entero los mira con curiosidad, porque no se parecen ni a los franceses, ni a los ingleses, ni a lo que están haciendo los escritores de los otros medios culturales.

Cuando dije, al comienzo, que el Nuevo Mundo no era solamente el hecho de encontrar el continente americano, sino que el Nuevo Mundo era también, en buena parte, la creación de una nueva situación mundial y el comienzo de una nueva época del mundo entero, no he hecho sino apuntar algo que es cierto y que hoy en día se ha investigado a fondo. El descubrimiento de América, yo diría una palabra que es mejor todavía, la presencia americana, cambió el panorama del hombre en Occidente. Totalmente lo alteró de raíz y podríamos decir, sin ninguna exageración, que cambió la historia del mundo. Sin el descubrimiento de América la historia del mundo hubiera sido distinta. No solamente en el sentido de la expansión geográfica; sino en el de los valores, de los conceptos y de la filosofía.

Se dice que América contribuyó a la creación del capitalismo como en efecto contribuyó, con el aflujo de los metales preciosos que es un capítulo conocido y estudiado. Cómo esto influyó en los índices de precios. Cómo esto determinó el crecimiento de toda la maquinaria financiera que se había ido formando al final de la Edad Media y cómo estableció la fase de donde el capitalismo moderno arrancó.

Pero es que nosotros no podríamos concebir la Europa Moderna, sin la papa. Mucho más importante que los metales fue la papa. La papa fue la que permitió la revolución industrial, la que permitió las guerras napoleónicas. La población europea, la fuerza de trabajo de la que hablaba Marx y la fuerza de sangre de que hablaba Napoleón, las

dio la papa, porque se acabaron las hambrunas europeas y la población pudo crecer. De modo que el don de la papa americana transformó la situación básica sobre la cual la historia europea se desarrolló a partir del siglo XVIII.

Pero hay un hecho más que es importante ver: Nuestros ideólogos del Siglo XIX los fundadores de estas repúblicas fueron ávidamente a aprender las novedades políticas y las doctrinas nuevas en los pensadores, en la Enciclopedia francesa, en Montesquieu, en Rousseau, en Voltaire. Allí encontraban ellos las grandes novedades con las cuales querían crear las nuevas instituciones hispanoamericanas. Lo que no sabían ellos, es algo que sabemos hoy muy claro. Es que esa era una pelota que había salido de América, cayó en Europa y de Europa rebotó y regresó a América.

Con la papa y los metales preciosos América exportó a Europa la semilla de la revolución. El pensamiento revolucionario europeo, no digo yo que no habría existido, pero habría existido quizás de otra manera, radicalmente distinta, muy tardíamente, sin el descubrimiento de América. El hecho fundamental del pensamiento revolucionario de Europa está en la Carta de Colón a los Reyes Católicos. La famosa Carta que Colón tiró en una copia al mar porque creía que naufragaba y no regresaba, fue el documento que cambió la conciencia europea de raíz.

Colón describe allí que ha llegado a una tierra donde hay hombres que no son como los europeos, que viven pacíficamente, que no tienen armas, que no conocen la propiedad privada, que se aman entre sí y que son felices. Es la primera vez que aparece la idea de felicidad asociada a la sociedad humana. No pensaban los europeos que el fin del hombre en la tierra era la felicidad. La iglesia les había enseñado, desde muchos siglos, que esto era el valle de lágrimas. Por lo tanto aquí no había que esperar felicidad ninguna. La felicidad estaba en el otro mundo. Pero esa visión de que había felicidad aquí, esa visión la da la Carta de Colón y esa

Carta de Colón no cae en oídos sordos. Esa Carta la recoge Tomás Moro y engendra la Utopía.

La Utopía es el libro más revolucionario que se ha producido en Europa, también la recoge Montaigne y entonces de allí surge la conclusión lógica. ¿Qué ha pasado? ¿Qué explica que en una parte del mundo haya guerra, haya injusticia, haya miseria, haya una sociedad desigual y en otras partes del mundo haya una sociedad feliz, donde los hombres ignoran la guerra, donde ignoran la riqueza, donde no hay miseria, donde todos son iguales, donde todos viven en paz? Es decir, nace el mito del Buen Salvaje. El mito del buen salvaje es un mito americano. Y de ese mito nace todo el pensamiento revolucionario europeo, porque de inmediato, de esa actitud crítica que parte de la Utopía de Moro y del pensamiento de Montaigne van a retomar los pensadores racionalistas del Siglo XVIII la idea de la injusticia de la sociedad europea, del estado natural del hombre que es un estado de bondad y en nombre de eso van a programar la revolución y nosotros más tardíamente vamos a ir a Europa a recoger esa fruta que partió de una semilla americana y a traerla como novedad.

De este modo América no solamente influyó en hechos de importancia material tan grande como lo que significó poder crecer la población europea y el nacimiento del capitalismo que en buena parte se debió a los metales americanos sino todo el pensamiento que transformó el mundo y lo sacudió y lo sigue sacudiendo, tiene su raíz en el hecho americano, en la novedad americana, en la impresión de lo que había sido América para aquellos hombres que la vieron la primera vez.

El eco del hecho americano, permeó y penetró todo el pensamiento europeo y lo modificó. Yo debo confesarles a ustedes que nunca, sin cierta emoción leo en La Tempestad de Shakespeare el nombre de Calibán. Calibán es americano, diría más, me atrevería a decir que es casi venezolano o

brasilero, porque Calibán no es sino el eco corrompido de Caníbal. Caníbal es una corrupción de Caribe. De modo que el nombre que le daban los europeos al indio caribe cuando llegó Colón y encontró los Taínos, que vivían bajo el terror de los Caribes y hablaban de esa gente que venía del sur y les cortaban la cabeza y se llamaban Carina. En Caribe el nombre de ellos es Carina y los españoles de ahí hicieron caribe. Los italianos hiceron Cambalí. Un día un inglés que escribía comedias resolvió tomarlo y transformarlo en Calibán.

Hasta allí llega el hecho. Un impacto profundo que sacudió y modificó toda la situación del hombre europeo. Esta situación que caracteriza al latinoamericano, esa situación de originalidad, de duda sobre su personalidad, porque no es asimilable exactamente a ninguna de las culturas de las que viene, ha tenido sus consecuencias, en su expresión y en su actitud. Por ejemplo: en la literatura hispanoamericana, que es un buen testimonio de todo esto, nosotros podemos encontrar un rasgo que es importante y es que esa literatura, en un grado no comparable con ninguna otra, es una literatura de servicio, que está hecha para trabajar por algo más, que no es puramente la expresión literaria.

Es una literatura que desde que arranca tiene un propósito o satírico o reformista o revolucionario. Es una literatura con un programa social y con un programa político, desde la Amalia de Mármol hasta las novelas de nuestros días. En toda ella hay esa voluntad de servir, no solamente de intérprete de ese Mundo Obscuro, que muy claramente no se entiende, para ayudarlo a entenderse y a salir. José Gaos decía, con mucho acierto, hablando del pensamiento latinoamericano, una verdad que también Unamuno había dicho hablando de Martí. Unamuno decía de Martí que más que pensador era sentidor y en realidad tenía razón. Tenía su pensamiento unas raíces que venían mucho más del sentir que del análisis racional. Y Gaos decía que la literatu-

ra hispanoamericana era una literatura de educadores de sus pueblos.

Constituye un rasgo muy peculiar esa especie de misión que se cargó el intelectual latinoamericano, de explicar el ser latinoamericano para los latinoamericanos y de encaminarlos hacia lo que él creía que era la salvación y la salida. Esto caracteriza y es una consecuencia de esa angustia ontológica y de esa posición.

Esto configura para la América Latina una situación única en el mundo actual. En este momento se habla de una civilización global y realmente estamos más que nunca en los pródromos, en los comienzos de una civilización global. El mundo entero está globalizado por las comunicaciones, por los usos, por las influencias. Pero desde luego, las situaciones de sus componentes son distintas. Nosotros pertenecemos a la civilización occidental. Nadie lo duda. Pero pertenecemos de una manera peculiar. Somos un avatar de esa civilización.

Es una situación muy distinta a la de cómo recibe la civilización occidental un japonés, porque la civilización occidental no es la civilización de los japoneses o a cómo la recibe un africano, o un chino, o un hindú. Ellos reciben la civilización occidental como un instrumento, como algo que añadir a lo que ellos son. Como algo que poner de acuerdo con lo que ellos son. Nosotros no. La civilización occidental es nuestro lecho. La civilización occidental es nuestro hecho. La civilización occidental es nuestro ser. Estamos hablando una lengua romance. Tenemos una herencia cultural, dominantemente occidental en su parte de mayor influencia y a eso añadimos la presencia de los otros dos actores fundamentales de la creación del hombre latinoamericano.

Esto nos diferencia radicalmente, porque no somos nosotros gente que estamos recibiendo la civilización occidental para ajustarla a una civilización distinta o con un pasado cultural ajeno, sino que dentro de la configuración de

la civilización occidental representamos una provincia, configuramos una familia con una nota, una calidad y una condición diferente a las demás familias que son las que constituyen la Europa Occidental, los Estados Unidos y el Canadá. Dentro de esos tres grupos nosotros somos ese Tercer Grupo distinto pero que pertenece a la civilización occidental.

Esa pertenencia, en este momento y en esa condición, nos da una ventaja gigantesca, somos nosotros la única gente de la civilización occidental que está en el Tercer Mundo, y somos por lo tanto, muy posiblemente, el único puente válido que hay entre el mundo occidental y el Tercer Mundo porque somos gente de la civilización occidental, pertenecemos a ella raigalmente, pero somos gente del Tercer Mundo por todos los otros aspectos. Y estamos vinculados a Asia y a Africa o por lo menos, mucho más que ninguna otra porción del mundo occidental.

De modo que eso determina para nosotros una situación privilegiada, una situación que en cierto modo define casi un programa político y un programa cultural: el de representar dentro de la variedad de familia occidental ese otro núcleo, esa otra posibilidad de apertura que no sería después de todo, sino una consecuencia fecunda y segura de ese rasgo fundamental de nuestro carácter que es la vocación de mestizaje. No haríamos otra cosa que seguir sirviendo a esa vocación de apertura y de mestizaje.

Esto es lo que yo quería señalar muy de pasada y superficialmente. Tal vez no somos el Nuevo Mundo, no lo hemos llegado a ser, pero hemos contribuido a la creación de una nueva época del mundo y en este momento estamos en una condición privilegiada para estar entre los constructores fundamentales de ese Nuevo Mundo que va a llegar finalmente y en cuya hechura nosotros tenemos un papel irremplazable que desempeñar.